

Daniel Defoe

# Robinson Crusoe



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Life and Strange Surprising Adventures of Robinson Crusoe, of York, Mariner: Who lived Eight and Twenty Years, all alone in an un-inhabited Island on the Coast of America, near the Mouth of the Great River of Oroonoque; Having been cast on Shore by Shipwreck, wherein all the Men perished but himself. With An Account how he was at last as strangely deliver'd by Pyrates. Written by Himself* (1719)

Traducción: Martha Eguía

Primera edición: 2000

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: John Ch. Dollman: *Robinson Crusoe y Viernes* (detalle). Óleo sobre lienzo. Colección particular.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2000, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-881-3

Depósito legal: M. 11.100-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Prefacio
13	1. Nacimiento
20	2. Primeras aventuras
35	3. Cautiverio y evasión
58	4. Brasil y el naufragio
75	5. La isla
92	6. Instalación
108	7. El diario
152	8. Primeras cosechas
158	9. Exploración
180	10. La canoa
186	11. Reflexiones
197	12. Un viaje temerario
206	13. El rebaño
221	14. La huella en la arena
234	15. Los caníbales
259	16. El buque naufragado
279	17. Viernes
306	18. Una batalla
332	19. El barco inglés
355	20. La liberación
383	21. Regreso a Europa
398	22. Diario de tierra



*La vida y las extrañas y sorprendentes aventuras de  
Robinson Crusoe, marinero de York:  
el cual vivió 28 años completamente solo en una isla  
deshabitada de la costa de América, cerca de la  
desembocadura del gran río Orinoco; arrojado hasta  
la orilla por un naufragio, donde todos los hombres  
perecieron, excepto él; con el relato de cómo fue  
al final extrañamente liberado por los piratas.  
Escrito por él mismo.*

*Unidades de medida:* En la traducción se han conservado las unidades de medida del original, británicas, para las cuales damos a continuación una equivalencia aproximada en sistema decimal.

Acre: 4.000 metros<sup>2</sup>;

celemín (*peck*, en el original):

4,50 litros;

fanega (*bushel*, en el original):

55 litros;

galón: 4,5 litros;

libra: 450 gramos;

milla: 1.600 metros;

pie: 30 centímetros;

pinta: 0,5 litros;

pulgada: 2,50 centímetros;

yarda: 91 centímetros.

# Prefacio

Si alguna vez las aventuras de un hombre en este mundo fueron dignas de ser publicadas y, una vez publicadas, bien acogidas, el editor de este relato considera que éste es el caso.

Los hechos extraordinarios de la vida de este hombre superan (en su opinión) todo lo existente, ya que difícilmente la vida de un solo hombre podría ofrecer más variedad.

La historia está relatada con simplicidad, con seriedad y con una aplicación religiosa de los acontecimientos común al uso que de ellos hacen los sabios, es decir, predicando con el ejemplo, para justificar y honrar así la sabiduría de la Providencia en toda la gama de nuestras circunstancias, vengan éstas como vinieren.

El editor cree que se trata de una historia de hechos reales, sin sombra de ficción alguna; el hecho de que trate de cosas pasadas mejora el valor de la narración tanto en lo ameno como en lo instructivo. Por ello considera, sin más preámbulos, que está ofreciendo un gran servicio con su publicación.



# 1. Nacimiento

Nací en el año 1632 en la ciudad de York, de una buena familia, aunque no del país, pues mi padre era un extranjero, oriundo de Bremen, que se había radicado inicialmente en Hull. Gracias al comercio, poseía un considerable patrimonio, y, al abandonar los negocios, vino a vivir a York, donde casó con mi madre, que pertenecía a una distinguida familia de la región, de nombre Robinson, razón por la cual yo fui llamado Robinson Kreutznaer. Sin embargo, en virtud de la usual adulteración de las palabras en Inglaterra, ahora se nos llama, más aún, nosotros nos damos el nombre y firmamos Crusoe, y así me han llamado siempre mis compañeros.

Tuve dos hermanos: el mayor, teniente coronel de un regimiento inglés de infantería destacado en Flandes, que antes había estado al mando del famoso coronel Lockhart, fue muerto en la batalla de Dunkerque contra los españoles. En cuanto a mi segundo hermano, nada he

sabido de él, como tampoco mi padre y mi madre supieron nunca qué había sido de mí.

Siendo el tercer hijo de la familia, y no estando preparado para oficio alguno, mi cabeza comenzó a llenarse muy pronto de pensamientos extravagantes. Mi padre, ya muy anciano, me había asegurado una instrucción esmerada, dentro de los límites habituales de la educación familiar y de la escuela rural gratuita, y me destinaba a las leyes. Pero mi único anhelo era navegar, y esta inclinación me llevó a oponerme enérgicamente a la voluntad, mejor dicho, a las órdenes de mi padre y a todas las súplicas y persuasiones de mi madre y de algunos amigos: tanto, que parecía haber algo fatal en esta vocación natural, que me arrojaría por fin a la vida miserable que estaba destinado a sobrellevar.

Mi padre, hombre prudente y grave, trató de disuadirme con serios y excelentes consejos para que abandonara las intenciones que había adivinado en mí. Una mañana me llamó a su alcoba, donde se encontraba recluido por la gota, y, con gran afecto, debatió conmigo este tema. Me preguntó qué razones tenía, aparte de la mera vocación andariega, para alejarme de la casa paterna y de mi país natal, que, con seguridad, me acogería bien y me brindaría la posibilidad de aumentar mi fortuna, con dedicación y laboriosidad, permitiéndome vivir con comodidad y placer. Me dijo que sólo los hombres desesperados o los que tenían una enorme ambición iban en busca de aventuras al extranjero: unos, con el propósito de elevarse, y los otros, para conquistar la fama por sus empresas fuera de lo común; que todas estas cosas estaban o muy por encima o muy por debajo de mí, siendo la mía

una situación intermedia que bien podría considerarse como el nivel más elevado de la posición más baja y que, según él sabía por experiencia, era el mejor estado del mundo, el más adecuado a la felicidad humana, al no estar expuesto a las miserias y privaciones, a las penurias y sufrimientos propios de esa parte de la humanidad obligada al trabajo manual; ni al orgullo, el lujo, la ambición y la envidia que corroían a los miembros más encumbrados de la humanidad. Me dijo que podría juzgar la felicidad de esa condición por el simple hecho de que era el rango que todos envidiaban; que a menudo hasta los reyes lamentaban las desgraciadas consecuencias de haber nacido para grandes cosas, y deploraban no encontrarse entre los dos extremos: entre el más miserable y el más espléndido. Que hasta el sabio, cuando rezaba para que no le fuera dado contarse entre los pobres ni entre los ricos, daba testimonio de que en este justo medio residía la verdadera felicidad.

Me pidió que observara algo que yo podría comprobar siempre: que los rangos más elevados y más bajos de la humanidad compartían las desgracias de la vida, pero aquellos que ocupaban la posición intermedia eran los menos afectados por las calamidades y los que se hallaban menos expuestos a las vicisitudes que padecían tanto la parte más elevada como la más baja de la humanidad. De ningún modo estaban éstos sometidos a tantas contrariedades e inquietudes, fuesen del cuerpo o del espíritu, como aquellos que, por una vida ostentosa, depravada y extravagante, o por un rudo trabajo, privaciones o insuficiente alimento, enfermaban como consecuencia natural de su vida. Que la calidad de la vida intermedia con-

templaba todo tipo de virtudes y placeres; que la paz y la abundancia estaban al servicio de una fortuna mediana; que la templanza, la moderación, la tranquilidad, la salud y la sociedad, y todas las agradables diversiones y los deseados placeres eran las bendiciones reservadas a dicha condición de vida. Ése era el modo en que los hombres transcurrían, silenciosa y dulcemente, por la vida terrena y, serenamente, la concluían, aliviados de la carga de trabajos manuales o mentales, de la obligación de venderse como esclavos para obtener su pan cotidiano y del agobio de inciertas circunstancias, que roban la paz del alma y el reposo del cuerpo. Libres de la pasión de la envidia o de la secreta ambición febril de las grandes cosas, pasan suavemente por el mundo, en circunstancias favorables, gustando con cordura de los placeres de la vida, sin probar la amargura, felices y aprendiendo, con la experiencia de todos los días, a saborear esa felicidad con la mayor sensatez.

Más tarde, me exhortó, con gran cariño y fervor, a que no fuese un niño y me precipitase en la adversidad, de la cual estaba a salvo, gracias a la naturaleza y a las circunstancias de mi nacimiento. Me recordó que no tenía necesidad de ganarme el sustento, ya que él haría cuanto pudiese por mí, esforzándose por que ingresase de la mejor manera en la condición de vida que me había aconsejado. Y que, si la vida no me era fácil ni feliz en este mundo, sería a consecuencia de mi destino o de mi error, y que él no sería responsable de nada, al haber cumplido ya su deber, advirtiéndome contra aquellas decisiones que él sabía perjudiciales para mí; en una palabra, que, así como él estaba dispuesto a hacer todo lo que estuvie-

se a su alcance por mí, si yo me establecía en mi país, según sus consejos, de ningún modo podía hacerse cargo de mis desventuras autorizando mi partida. Y, para concluir, me dijo que tenía yo el ejemplo de mi hermano mayor, a quien él había prodigado los mismos fervorosos consejos para convencerle de que no participara en las guerras de los Países Bajos, pero, dijo, todos sus argumentos habían fracasado ante su ímpetu juvenil, que le indujo a enrolarse en el ejército, donde encontró la muerte. Y agregó que, aunque no dejaría de orar por mí, se veía en la obligación de advertirme que, si daba ese paso inmediato, Dios no me otorgaría su bendición, y en el futuro tendría mucho tiempo para lamentarme de haber desdeñado su consejo, cuando quizá ya no hubiese quien pudiera ayudar a mi recuperación.

Mientras pronunciaba estas palabras, que serían verdaderamente proféticas, más de cuanto mi propio padre imaginaba, observé que las lágrimas se deslizaban copiosamente por su rostro, especialmente al mencionar a mi hermano que había sido muerto; y cuando dijo que no me faltaría ocasión para arrepentirme, en el momento en que no hubiese nadie junto a mí para asistirme, estaba tan emocionado, que debió interrumpirse, expresándome que tenía el corazón tan lleno de aflicción, que no podía ya agregar nada más.

Me sentí sinceramente afectado por sus palabras; ¿cómo podría ser de otro modo? Resolví entonces abandonar la idea de marcharme al extranjero y decidí establecerme en mi patria según el deseo de mi padre. Pero, ¡ay de mí!, en pocos días, todos estos propósitos se desvanecieron, y para evitar que me importunase más, unas

semanas después, decidí huir de casa. Sin embargo, no actué con la premura que surgía del impulso de mi decisión, sino que acudí a mi madre, en un momento en que la creí mejor dispuesta que habitualmente, y le confié mis pensamientos, dominados por el deseo de ver mundo, recalcándole que de nada serviría dedicarme a tarea alguna si me faltaba la resolución necesaria para llevarla a cabo. Que mi padre haría mejor en darme su consentimiento que obligarme a partir sin él. Ya tenía dieciocho años y era demasiado tarde para entrar como aprendiz en un taller de artesano o de ayudante de un abogado. Que, si lo hacía, no cumpliría con mi servicio, y con certeza abandonaría a mi maestro y correría a embarcarme. Por fin, le aseguré que, si ella convencía a mi padre de que me diese su permiso para hacer un solo viaje al extranjero y, a mi regreso, encontraba yo que el viaje no me había gustado, no volvería a intentarlo, y prometía recuperar ese tiempo perdido con redoblada diligencia.

Esto suscitó en mi madre un acceso de ira. Ella sabía, me respondió, que era inútil hablar del asunto con mi padre, puesto que él sabía muy bien cuál era mi conveniencia, como para dar su consentimiento a una cosa que me perjudicaría tanto, y que ella se asombraba de que yo pudiese pensar así, después de haber oído las palabras de mi padre y las expresiones tan tiernas y generosas que él había empleado conmigo. En fin, que si yo estaba dispuesto a perderme, no había forma de impedírmelo, pero que podía estar seguro de que ellos no darían su beneplácito. Por su parte, no quería tener responsabilidad alguna en mi destrucción, y yo nunca podría decir que mi madre deseaba algo que mi padre no había consentido.

## 1. Nacimiento

Sin embargo, aunque se negó a hablar de esto con mi padre, según supe más tarde, le refirió cuanto yo le había dicho y éste, tras mostrar gran preocupación, le respondió suspirando: «Ese muchacho sería feliz si se quedase en casa, pero, si se marcha al extranjero, será el más infeliz y desgraciado de los hombres: no puedo dar mi consentimiento».

## 2. Primeras aventuras

No transcurrió un año antes de mi huida, aunque durante ese lapso permanecí obstinadamente sordo a cualquier propuesta que se refiriera a mi dedicación a un oficio estable, y, a menudo, me quejaba a mis padres por su inflexible determinación contra las decisiones a que me impulsaban mis deseos. Sin embargo, un día, hallándome casualmente en Hull, y sin intención alguna de fugarme, estando, como digo, allí, uno de mis compañeros que estaba a punto de embarcarse hacia Londres en la nave de su padre me instó a que le acompañara, valiéndose de un cebo que suele tentar a los navegantes: a saber, que el pasaje no me costaría nada. No consulté ya a mis padres ni tampoco les envié palabra sobre mi proyecto, sino que dejé que se enteraran como pudiesen, y sin pedir la bendición del cielo ni la de mi padre, sin considerar circunstancias ni consecuencias, en la malhadada hora, Dios lo sabe, del día primero de septiembre de 1651, me embar-

qué en aquel navío con destino a Londres. Nunca las desgracias de un joven aventurero, estoy seguro, empezaron tan pronto, o se prolongaron tanto como la mía. La embarcación no había salido del Humber cuando el viento comenzó a soplar de tal forma, que las olas se elevaban espantosamente; y, como nunca había estado a bordo antes, sentí un indecible padecimiento en el cuerpo y terror en el alma. En ese momento, comencé a reflexionar seriamente sobre mi decisión y sobre la justicia del cielo que se desencadenaba sobre mí, por haber dejado de modo tan perverso la casa paterna y abandonado mi deber. Todos los buenos consejos de mis padres, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre volvían a mi memoria; y mi conciencia, que aún no se había endurecido hasta el punto al que llegó más tarde, me reprochó, con el desdén de la admonición, el haber infringido mi deber hacia Dios y hacia mi padre.

Entretanto, la tormenta crecía, y el mar, en el que no había estado nunca antes, se encrespaba cada vez más, aunque aquello no era nada comparado con lo que he visto muchas veces desde entonces. No, nada como lo que vería pocos días más tarde; pero bastaba para impresionar a un joven navegante que nunca había presenciado nada similar. Me parecía que cada ola debía sumergirnos con ella y que, cada vez que el barco se hundía, en lo que yo pensaba era el seno o fondo del mar, no volveríamos nunca más a la superficie. Y, en esta agonía de espíritu, formulé muchos votos y resoluciones respecto a que, si Dios quisiese perdonar mi vida en esta única travesía, si alguna vez volvía a tocar tierra firme, iría directamente a casa de mi padre y no volvería a poner los pies

en una nave mientras viviese; y que acataría el consejo de mi padre y no volvería a exponerme otra vez a tales desgracias. Entonces comprendí cabalmente la justeza de sus observaciones acerca de la posición intermedia de la vida, y también con cuánta sencillez y tranquilidad habían transcurrido sus días, lejos de las tempestades del mar y de las inquietudes de sus costas; y, arrepentido, decidí, como un verdadero hijo pródigo, regresar a casa de mis padres.

Estos prudentes y graves pensamientos me acompañaron durante toda la tormenta y hasta un poco más. Pero al día siguiente el viento había amainado y el mar estaba más calmo, y comencé a habituarme a él. No obstante, estuve melancólico todo el día, y también algo mareado, pero hacia la tarde el tiempo comenzó a aclarar, cesó el viento totalmente y siguió una tarde encantadora. El crepúsculo fue perfectamente límpido, y amaneció de la misma forma. No había viento o casi nada, y el sol se reflejaba luminoso sobre la superficie tranquila del mar. Sentí que nunca había presenciado un espectáculo más delicioso.

Durante la noche había dormido bien y, ya libre del mareo, me sentía de buen ánimo, contemplando maravillado el mar que el día anterior había estado tan agitado y tremendo, y que, en tan poco tiempo, era capaz de volverse apacible y bello. Entonces, como para impedir que perdurasen mis buenos propósitos, el amigo que me había inducido a partir se me acercó y, palmeándome la espalda, dijo:

—Y bien, Bob, ¿cómo te sientes ahora? Me imagino que anoche tuviste miedo cuando sopló esa ráfaga de viento.

–¿Una ráfaga de viento, dices? –respondí–. Era una terrible tormenta.

–¡Una tormenta, tonto! –replicó él–. ¿A eso le llamas tormenta? Pues no ha sido nada. Con una buena embarcación y el mar abierto, ni siquiera nos preocupamos por una borrasca como ésa: pero tú eres un marinero de agua dulce, Bob. Ven, bebamos un jarro de ponche y no pensemos más en ello. ¿Has visto qué tiempo magnífico tenemos ahora?

Para abreviar esta lamentable parte de mi relato, diré que hicimos a la antigua manera de los navegantes: preparamos el ponche, me emborraché, y en el desorden de esa única noche ahogué todos mis remordimientos, todas las reflexiones sobre mi conducta pasada y todas mis resoluciones acerca del futuro. En una palabra, apenas el mar recobró su serenidad y difundió la calma en su superficie, una vez apaciguada la tormenta y olvidados mis temores y aprensiones de ser deglutido por el mar, volvió a surgir el flujo de mis deseos anteriores, y descarté por completo los votos y promesas que había formulado en mi angustia. En verdad, algunas reflexiones a veces se esforzaban por volver, pero yo las rechazaba y me sustraía a ellas como si se tratase de un malestar físico, de modo que, dedicándome a la bebida y a la compañía, pronto dominé aquellos accesos –como yo solía llamarlos– y en cinco o seis días obtuve la más completa victoria sobre la conciencia que pudiese desear un joven decidido a no dejarse inquietar por ella. Pero me aguardaba otra prueba, y la Providencia, como suele suceder en estos casos, resolvió dejarme sin la menor excusa. Pues, si no había aceptado la primera advertencia, la siguiente fue de tal

magnitud, que el peor y más empedernido infeliz de los terrestres hubiese confesado su peligro e implorado misericordia.

El sexto día de navegación entramos en la rada de Yarmouth, con viento en contra y clima sereno; habíamos avanzado muy poco desde la tormenta. Nos vimos obligados a echar anclas allí, pues el viento seguía soplando en contra, es decir, desde el Sudoeste, por espacio de siete u ocho días, durante los cuales innumerables navíos procedentes de Newcastle entraron a la rada, que era el puerto común donde los barcos podían aguardar viento favorable para remontar el río.

Sin embargo, no nos proponíamos permanecer tanto tiempo allí, sino remontar el río con la marea, pero el viento era demasiado intenso, y al cabo de cuatro o cinco días comenzó a soplar con más fuerza. De cualquier forma, como las radas eran consideradas tan seguras como un puerto, y nuestro anclaje era sólido, los hombres no se preocupaban y, sin el menor sentimiento de peligro, se pasaban el tiempo descansando y divirtiéndose, según la costumbre de los marinos. Pero al octavo día por la mañana empezó a soplar el viento con tanta furia, que todos tuvimos que ponernos a trabajar para nivelar los maderos y hacer que todo estuviese bien aparejado, de modo que la nave se mantuviera bien sujeta al ancla. Hacia el mediodía, el mar creció mucho, se hundió el castillo de proa y la nave embarcó abundante agua; tanta, que una o dos veces tuvimos la impresión de que habíamos cortado amarras, y el capitán mandó echar el ancla de emergencia. De ese modo, la nave se sostenía con dos anclas a proa y los cables estirados al máximo.

Entonces se desencadenó una formidable tempestad y comencé a vislumbrar terror y asombro en el rostro de los marineros. El capitán, aunque atento a las maniobras para salvar el barco, mientras entraba y salía de su camarote junto al mío, murmuraba para sí una y otra vez: «Señor, ten piedad de nosotros; es el fin, estamos perdidos», y cosas por el estilo. Durante los primeros apuros, permanecí como atolondrado en mi camarote de proa, y no sabría decir cuál era mi estado de ánimo. Apenas podía volver a asumir mi primer remordimiento, del que aparentemente me había liberado, y contra el cual me había empecinado. Pensaba que ya había pasado por la aflicción de la muerte y que tampoco esta vez ocurriría nada. Pero, cuando el capitán se aproximó a mí, como acabo de decir, y dijo que estábamos perdidos, me sentí presa del pánico y me levaté, saliendo de mi camarote para mirar en derredor. Nunca había presenciado un espectáculo tan espantoso: cada tres o cuatro minutos el mar se elevaba como una montaña y caía sobre nosotros; todo cuanto podía ver era desolación. Dos barcos anclados cerca de nuestra nave habían tenido que cortar sus mástiles, a la altura del puente, para reducir el peso, y nuestros hombres gritaban que un barco fondeado a cerca de una milla del nuestro había naufragado. Otras dos naves, que se habían soltado de sus anclas, eran arrebatadas de las radas en dirección al mar, y quedaban libradas a su suerte y sin mástil. Los barcos más livianos resistían mejor, porque no sufrían tanto los embates del mar, pero dos o tres pasaron muy cerca de nosotros, a la deriva, sólo con el foque al viento.

Hacia la tarde, el piloto y el contra maestre le pidieron al capitán del barco que les permitiera cortar el palo de